



CIEN RESPUESTAS PARA TENER FE

¿PARA QUÉ SIRVEN LAS MONJAS DE CLAUSURA? (Primera parte)

Los contemplativos, monjes y monjas de vida contemplativa, que solemos llamar "de clausura", aunque no siempre se identifiquen una y otra, son buscadores de Dios, especialistas en la oración, los que orientan la vida a la consecución del puro amor. Testimonian el Reino ya presente en el Resucitado mediante el Espíritu. Personas que irradian los grandes valores del evangelio, expresión singularísima de un amor gratuito y de una entrega incondicional a Dios.

Contemplan el rostro transfigurado del Señor para confirmarse en la fe, permanecer en Cristo y que Él permanezca en la propia vida. Imitan a Cristo orando en el monte, imagen especial de Jesús pobre y crucificado. Alimentan secretamente a la Iglesia con el dinamismo del amor por el que se asumen las necesidades de todos los hombres. Renuncian a todo para donarlo todo, se ofrecen a Jesús por la salvación del mundo. Son el corazón invisible que late para la redención de los pecadores, la santificación de los justos, la propagación del evangelio. Icono particular del misterio de María en la Iglesia. Son un signo profético de la primacía divina sobre todas las cosas, vida oculta y humilde consagrada al amor y a la gloria del Padre.

La soledad, el silencio, la escucha de la palabra de Dios, el culto divino, la ascesis, la oración, la mortificación, la comunión en el amor fraterno son, al mismo tiempo, medios indispensables y elementos de identificadores de la vida contemplativa. En forma

alguna, y en contra de lo que pudiera parecer, la clausura no limita, ni reduce, ni "encarcela el amor", sino que ensancha los límites de tal manera que la amplitud de universo se hace espacio donde puede encontrarse el amor oblato de la persona consagrada. En la libertad incondicional del amor que rompe cualquier tipo de frontera. La clausura no esconde, sino que hace presente la gracia de una misteriosa comunión. No aparta de las preocupaciones y afanes evangelizadores, sino que los vive y se compromete con ellos de una manera diferente, actuando como invisible levadura capaz de hacer fermentar una masa que no se ve, pero a la que se puede llegar por la intencionalidad del amor. La separación física de un grupo humano inmediato lleva la aceptación de la humanidad entera como la comunidad en la que se vive, en unión mística, y por la que el contemplativo se ofrece a Dios. Es, por tanto, es una señal luminosa de comunicación fraterna universal, y de caridad sin fronteras. La separación física resalta más el misterio de la comunión de los santos.

